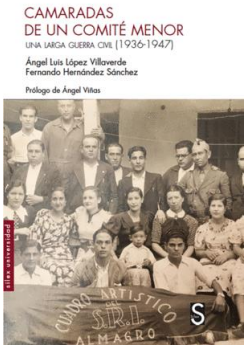
Libros y Nombres de Castilla-La Mancha

Año XII; 479 entrega

29 de mayo de 2021

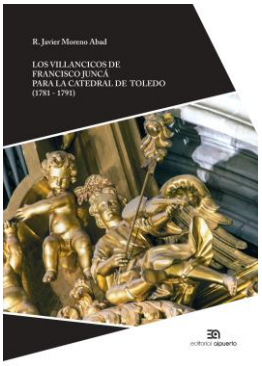
Fernando del Rey



A L. López Villaverde

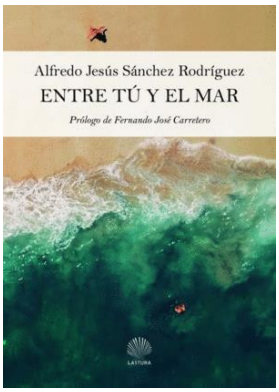
V Iniesta-J M Cano

Amelia Tiganus



R. Javier Moreno

Agapito Maestre



Alfredo J Sánchez

Mª Antonia Ricas

Manuel Álvarez Tardío y Fernando del Rey (dirs.)

Vidas truncadas. Historias de violencia en la España de 1936
Ed. Galaxia Gutenberg, Madrid, 2021

Una siniestra *belle époque*

«A Luba y Ehrenburg en la *belle époque*».
Dedicatoria de Rafael Alberti en 1965 sobre una fotografía suya de la Guerra Civil[1].

«En cierto modo, es lícito dar muerte o encarcelar y perseguir, aun sin delito concreto que lo justifique, al enemigo político». Esta sorprendente afirmación figura, negro sobre blanco, en un libro titulado *Alemania, ayer y hoy* que el socialista español Antonio Ramos Oliveira publicó en Madrid en 1933[2]. No se trata, por tanto, de un exabrupto soltado en una conversación privada o en un momento de acaloramiento personal. La frase expresa y asume, de forma reflexiva y serena, un estado de opinión muy extendido en la Europa de entreguerras, sobre todo en la década de los treinta, cuando alcanzó su apogeo un desenfrenado culto a la violencia dirigida contra el adversario ideológico, visto como una intolerable amenaza a la salud pública. Los múltiples partidarios de esa política de exterminio, desde el fascismo y el nazismo hasta el comunismo y el anarcosindicalismo, compartían la creencia de que el marco mental y político del liberalismo era un obstáculo que debía desaparecer si se aspiraba a lograr la ansiada curación del cuerpo social. Tan elevado propósito ¿no merecía acaso que se inmolaran unos miles de vidas en aras de la revolución de uno u otro signo?

La «brutalización de la política» en la España de los años treinta, por utilizar la expresión acuñada en su día por George Mosse[3], ha dado lugar en los últimos tiempos a una abundante bibliografía, que en líneas generales podría adscribirse a una u otra de estas dos corrientes: de un lado, una historiografía oficialista, que conjuga el loable propósito de cuantificar y denunciar la represión franquista con una tendencia a minimizar y, en algunos casos, justificar la violencia de la izquierda y, del otro, una historiografía, tachada a menudo de «revisionista» y «equidistante», que subraya las múltiples responsabilidades políticas de una patológica fascinación por la violencia que allanó el camino a la Guerra Civil. Ejemplos de esta mirada imparcial sobre aquella época son los

libros *Palabras como puños: La intransigencia política en la Segunda República española* (2011) y *Retaguardia roja: Violencia y revolución en la guerra civil* (2019), el primero dirigido por Fernando del Rey y el segundo escrito por el mismo autor, que obtuvo el Premio Nacional de Historia por este libro, tal vez el mejor que se haya escrito sobre la Guerra Civil en los últimos años. El propio Fernando del Rey, catedrático de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos de la Universidad Complutense, ha dirigido con Manuel Álvarez Tardío, catedrático de la misma especialidad en la Universidad Rey Juan Carlos, *Vidas truncadas,* obra colectiva dedicada al estudio de ocho casos representativos de la violencia política durante la Segunda República, la mayoría situados a lo largo del año 1936.

Sus directores presentan esta obra como una contribución desde la «microhistoria» al conocimiento de un problema sumamente complejo, abordado en otras ocasiones de manera muy deficiente por una voluntad apenas disimulada de exculpar la violencia de uno de los dos bandos. La selección de temas tratados puede ser a priori opinable, pero el resultado ofrecido por los distintos autores justifica con creces el valor paradigmático de estos estudios de caso. El primer capítulo, «De vecinos a enemigos» (Álvarez Tardío), aunque centrado en Alcalá de Henares, es una excelente muestra de la imparable degradación de la convivencia ciudadana en los meses anteriores a la sublevación militar y de las consecuencias que el estallido de la guerra tuvo para la población desafecta al régimen imperante en cada zona. El papel de las fuerzas de seguridad, más proclives a agravar que a sofocar los problemas de orden público, se aborda principalmente en el capítulo «Mártires del deber» (Sergio Vaquero), que concluye con el asesinato de José Calvo Sotelo a manos de un grupo de guardias de Asalto comandado por un oficial afiliado al PSOE. De la intentona militar en Madrid el 19 de julio –«Morir vitoreando a España»– se ocupa Roberto Muñoz Bolaños, conocido por sus recientes estudios sobre el golpe de Estado del 23-F, que aporta en estas páginas una visión innovadora, minuciosamente documentada, de las razones y las consecuencias del fracaso del levantamiento en la capital. «Cruzar el Rubicón por el Ebro» es el título elegido por José Luis Ledesma para su capítulo sobre la explosión de violencia que se produjo en Caspe tras la fallida sublevación, que en esta población zaragozana fue protagonizada por el destacamento de la Guardia Civil y dio paso a una oleada de asesinatos y ejecuciones de la que fueron víctimas los simpatizantes, reales o imaginarios, del golpe militar. El reportero del periódico anarquista *Solidaridad Obrera* desplazado al lugar justificó sin tapujos la política exterminadora practicada por las milicias: «No ha de quedar con vida ni un fascista. (…) Nada de tribunal; justicia popular»[4].

En estos primeros capítulos del libro predomina el protagonismo colectivo de las tres ciudades –Alcalá de Henares, Madrid y Caspe– que fueron escenario de los hechos narrados. Incluso el

dedicado a las fuerzas de seguridad transcurre en gran medida en Madrid, donde tuvieron lugar, en la primavera-verano de 1936, los asesinatos del alférez Anastasio de los Reyes, del capitán Carlos Faraudo, del teniente José del Castillo y del diputado José Calvo Sotelo, este último en represalia por la muerte de Castillo, oficial de la Guardia de Asalto e instructor de las milicias socialistas. A raíz precisamente de los entierros, casi simultáneos, de este militar de izquierdas y de Calvo Sotelo, convertidos en manifestaciones políticas de rechazo al adversario, Indalecio Prieto formuló un desgarrador diagnóstico del clima político que presidía la vida nacional a mediados de julio de 1936. Como en otras ocasiones –por ejemplo, su célebre discurso en Cuenca el 1 de mayo de aquel año–, sus palabras adquieren un valor profético, si tenemos en cuenta que faltaban todavía unos días para que se produjera el golpe militar contra la República: «Toda la hondura de la guerra civil que vive España», afirmó Prieto el 15 de julio, se plasma en el hecho de que «ya no pueden estar juntos ni los vivos ni los muertos»[5].

En su segunda parte, el eje temático del libro se desplaza del espacio –pequeñas o grandes comunidades urbanas sacudidas por la violencia– al individuo, de la microhistoria a la microbiografía. Los capítulos del 5 al 8 narran la peripecia de cuatro personajes pertenecientes a las dos Españas en liza, de forma que el título de la obra, *Vidas truncadas,* se justifica más, si cabe, en este recorrido por cuatro historias que acaban en tragedia. La del chequista Agapito García Atadell es analizada por José Antonio Parejo en un capítulo –«Anatomía de un radical»– que muestra, por un lado, la porosidad de las estructuras orgánicas de la izquierda, que permitía, como en este caso, trayectorias de ida y vuelta entre el socialismo y el comunismo, y, por otro, el fuerte componente generacional del radicalismo político de los años treinta, al que fueron especialmente propensos los nacidos con el nuevo siglo. Lo dijo ya en 1928 el escritor comunista César Arconada: «Un joven puede ser comunista, fascista, cualquier cosa menos tener viejas ideas liberales»[6]. Atadell tenía 34 años cuando estalló la Guerra Civil y una cierta fama como agitador profesional, que se acrecentó en el Madrid en guerra al convertirse en responsable de una de las checas más activas en la detención y ejecución de derechistas y «gentes de orden». Su sorprendente huida del Madrid republicano, temiendo ser víctima del mismo aparato represivo al que con tanto celo había servido hasta entonces, y su captura por el enemigo, que le juzgó, condenó y ejecutó, trocaron el mito de Atadell como leal defensor de la República en un caso de alta traición con oscuras motivaciones.

Menos rocambolesca, aunque igual de dramática, es la historia de los otros tres personajes que completan el libro. Sandra Souto, historiadora siempre rigurosa y solvente, reconstruye la vida y la muerte del joven socialista italiano Fernando de Rosa. Había llegado a España en 1932, tras huir de la Italia fascista y perpetrar en Bélgica un atentado contra el príncipe heredero

italiano, e inmediatamente se incorporó a la estructura juvenil y miliciana del PSOE. Su participación en la Revolución de Octubre y la condena irrisoria que le impuso el tribunal que le juzgó le llevaron a emitir este curioso juicio sobre su patria de acogida: «Viva España, donde la insurrección no se paga cara. Qué absurdo país»[7]. Murió en combate, al principio de la Guerra Civil, al frente del llamado «Batallón Octubre», nombre mítico, por partida doble, en el nomenclátor revolucionario. En el capítulo titulado «Bajo el signo de la revolución», se traza la sinuosa biografía del político republicano, masón y ardiente anticlerical Rafael Salazar Alonso. Pese a estos antecedentes, la izquierda no le perdonó su papel como ministro de Gobernación en el Bienio negro ni su presencia en el entierro de Calvo Sotelo. Acusado de complicidad con el levantamiento militar, un «tribunal popular» lo condenó a muerte en septiembre de 1936. Aunque en primera instancia el gobierno de Largo Caballero se negó, por una ajustada mayoría, a confirmar la sentencia, el temor a una nueva masacre en las cárceles –«esa decisión puede costar más de cien vidas», aseguró el presidente del tribunal– llevó a Indalecio Prieto a cambiar su voto y dar así luz verde a la ejecución.

El autor de este capítulo, Nigel Townson, publicó hace veinte años un libro todavía imprescindible sobre el fracaso del centro político en la Segunda República española[8]. Su semblanza de Salazar Alonso abunda en esa misma idea. La República «de orden» que pretendió defender carecía de apoyos suficientes para ser viable, como se puso de manifiesto con el descalabro electoral de la candidatura centrista impulsada por Alcalá-Zamora y Portela Valladares en las elecciones de febrero de 1936. Quienes aspiraron a actuar como fuerza de interposición, intentando amortiguar el choque entre las dos Españas, acabaron siendo engullidos por una de ellas o repudiados por las dos. Se lo había advertido el socialista Luis Araquistáin a Manuel Azaña en un artículo publicado en *Leviatán* en marzo de 1936: «A un bando o a otro, a la revolución o a la contrarrevolución. No hay término medio, y quien sueñe en términos medios y se obstine en situarse en un centro imaginario, se expone a ser abrasado entre dos fuegos»[9]. Esto último iba por Azaña y su –según Araquistáin– política de mano tendida a la derecha, en un gesto desesperado por reconducir una situación fuera de control, tal como el propio Azaña reconoció en su diario tras la victoria del Frente Popular: «La gente anda suelta por las calles»[10].

El último capítulo, obra de **Fernando del Rey**, cuenta la persecución y muerte de **Andrés Maroto**, diputado conservador y líder del movimiento asociativo de labradores y terratenientes en la provincia de **Ciudad Real.** El personaje se inscribe en un doble contexto, social y territorial, que Del Rey conoce muy bien. Asesinado en Madrid en septiembre de 1936, tras una de las expediciones punitivas realizadas por las milicias, su caso ilustra perfectamente el «politicidio selectivo», como lo llama el autor, llevado a cabo en ambas

retaguardias. Contra lo que sostiene cierta historiografía al uso, en la España republicana la caza del adversario no fue obra exclusiva de incontrolados que se aprovechaban de la impotencia de las autoridades. Había un consentimiento institucional, al menos tácito, y hasta una implicación directa de determinados cargos públicos, tal como afirma Fernando del Rey al explicar las circunstancias que condujeron al asesinato de Andrés Maroto: «No hablamos de "incontrolados", sino de los principales dirigentes del poder revolucionario de la localidad [La Solana] en esos momentos, que actuaron en comandita con sus homólogos de la capital de España y (…) de Ciudad Real»[11].

La banalización del mal por parte de las dos Españas, que es en el fondo el tema de este espléndido libro, fue el resultado de una quiebra de la convivencia que se venía fraguando, como mínimo, desde 1933. Si recordamos la frase de Ramos Oliveira citada al principio, fechada precisamente ese año, resulta tentador concluir que la Guerra Civil no fue la causa, sino más bien la consecuencia de esa voluntad de exterminio del adversario. Una vez iniciada la contienda, la justificación de los propios crímenes llegó a unos niveles de abyección difícilmente superables. «No va a quedar un fascista ni para un remedio», le escribió, eufórico, Luis Araquistáin a su mujer al informarle en agosto de 1936 de una matanza de presos en las cárceles madrileñas, en la que «fallecieron» –Araquistáin subraya la palabra como para resaltar lo chistoso de la expresión– conocidos políticos e intelectuales de derechas[12]. Poco después, el escritor y periodista socialista, muy próximo a Largo Caballero, era nombrado embajador de la República en París. La suya fue también una vida truncada –derrota, huida, temprana muerte de su mujer y su hija–, aunque sobreviviera a la guerra. A raíz de su fallecimiento en el exilio, Indalecio Prieto atribuyó a Araquistáin un «arrepentimiento extremoso», que en los últimos años le había llevado a criticar duramente la actuación de la izquierda bajo el régimen republicano.

¿Era inevitable que la República acabara así? «A veces, andando por las calles», cuenta en sus memorias la aristócrata y comunista Constancia de la Mora, evocando las semanas previas a la guerra, «parecía como si la nación entera contuviese la respiración en espera de la inevitable catástrofe»[13]. Los autores de este libro no creen en una predestinación colectiva que condenara a la sociedad española a la autodestrucción. Pero hay algo de fatalidad en las biografías tan minuciosamente estudiadas en estas páginas, víctimas de un entorno histórico que hacía muy difícil la convivencia, sobre todo cuando la vida política favorecía la confrontación violenta, en vez de intentar evitarla. No era un fenómeno exclusivo de la España de los años 30, sino un ejemplo más de esa «brutalización de la política» que se puso de moda en la Europa de entreguerras. Un superviviente de la Guerra Civil en Caspe expresaría con sus propias palabras ese giro siniestro de los acontecimientos: parecía mentira, recordaba muchos años

después, «que un día la gente se saludara como siempre por la calle y a los dos días se estuvieran denunciando unos a otros»[14]. Libros como este, riguroso, objetivo y documentadísimo, deben servir para recordar la barbarie y aprender de ella, dejando a un lado ingenuas –o sectarias– idealizaciones.

NOTAS

1. Reproducida por Andrés Trapiello: *Las armas y las letras,* Eds. Destino, Barcelona, 2010, p. 133. ↩

2. Antonio Ramos Oliveira: *Alemania, ayer y hoy,* Bolaños y Aguilar, Madrid, pág. 328. ↩

3. George Mosse: *Le guerre mondiali. Dalla tragedia al mito dei caduti,* Laterza, Roma-Bari, 1998, cap. «La brutalizzazione della política tedesca», págs. 175-199. ↩

4. Cit. por José Luis L. Ledesma, «Cruzar el Rubicón por el Ebro», pág. 216. ↩

5. Cit. por Sergio Vaquero, «Mártires del deber», pág. 138. ↩

6. *La Gaceta Literaria,* 1 de enero de 1928. ↩

7. Cit. por Sandra Souto, «Cayó en Madrid mirando a Roma», pág. 346. ↩

8. Nigel Townson: *La República que no pudo ser: La política de centro en España (1931-1936),* Ed. Taurus, Madrid, 2002. ↩

9. Luis Araquistáin: «Glosas del mes», *Leviatán,* núm. 22, marzo de 1936. ↩

10. Manuel Azaña: *Memorias políticas y de guerra,* Ed. Crítica, Barcelona, 1981, vol. II, p. 16. ↩

11. Fernando del Rey, «Captura y muerte de un líder agrario», pág. 477. Sobre la responsabilidad institucional en la acción de los supuestos «incontrolados», véase también José Antonio Parejo, «Anatomía de un radical», p. 304-305. ↩

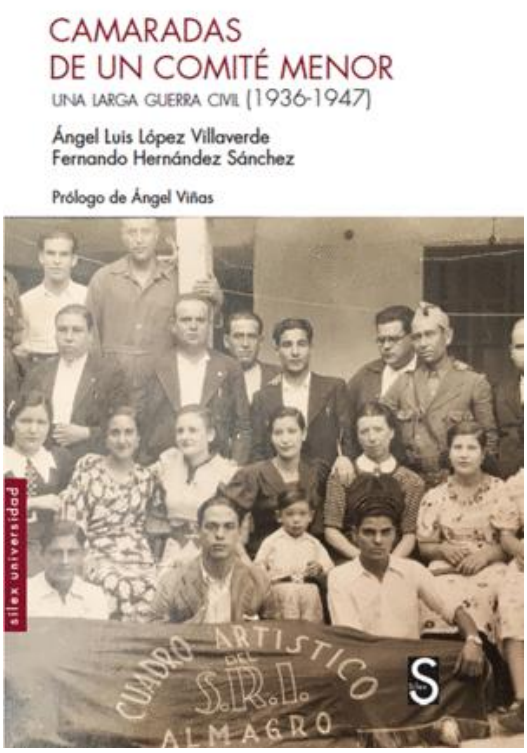
12. Carta de Araquistáin a su mujer, Gertrude Graa, 23 de agosto de 1936; Archivo Histórico Nacional, Madrid: Secc. Diversos, Papeles de D. Luis Araquistáin, legajo 30. ↩

13. Constancia De la Mora: *Doble esplendor,* Ed. Gadir, Madrid, 2008, pág. 278. ↩

14. Testimonio recogido por José Luis Ledesma, «Cruzar el Rubicón por el Ebro», pág. 202. ↩

Juan Francisco Fuentes en Revista de Libros 21-5-2021.

JF Fuentes es catedrático de Historia contemporánea en la Universidad Complutense de Madrid



Ángel Luis López Villaverde

Fernando Hernández Sánchez

Camaradas de un comité menor

Ed. Sílex, 2021

Este libro nace de la necesidad de seguir escribiendo de un pasado oculto que sólo se puede superar comprendiendo y asumiendo su crudeza. Quienes firmamos este libro partimos de trayectorias investigadoras que, hasta el momento, habían ido en paralelo, y ahora convergen. Por una parte, monografías sobre el PCE durante la guerra civil y la posguerra. Por la otra, estudios locales sobre los años treinta y ensayos generales y temáticos sobre la Segunda República.

Investigar el pasado significa avanzar en un conocimiento historiográfico que siempre es incompleto. Nunca se puede reconstruir el pasado tal como fue porque ni es posible ni tampoco deseable. Se trata de encontrar respuestas en aquél, de reconstruir sus líneas maestras, no tanto para recuperarlo como para reconocernos en el presente.

Contrastar los análisis historiográficos "micro" y "macro" permite encontrar espacios recónditos donde el historiador, como hace el biólogo con el microscopio, pueda poner el foco en una realidad que, de otra manera, pasaría desapercibida. Se pretende aislar un caso con representatividad para encontrar respuestas a preguntas que al relato histórico basado en marcos más amplios le cuesta responder adecuadamente. Que las organizaciones comunistas más diminutas se llamaran "células" no deja de resultar paradójico cuando se toma esta perspectiva metodológica.

Encontramos varias alternativas historiográficas en el uso de la perspectiva microanalítica.[1] Todas ellas se hallan conectadas con la llamada historia sociocultural.[2] Las dos primeras tienen raíces italianas. Una pretende verificar grandes teorías generales, es decir, comprobar a escala reducida reglas macrohistóricas, y tiene como mejor exponente a Edoardo Grendi. Resulta más atractiva la que recrea la historia a través de indicios. Representada esta segunda por Carlo Ginzburg, ha merecido una reflexión muy pertinente de dos especialistas en historia cultural, los valencianos Justo Serna y Anaclet Pons.[3] Desde este prisma, no se trata simplemente de dejar al margen lo anecdótico, localista o pintoresco; esto es obvio. Si se procede a reducir la escala de observación es para estudiar la conducta social, de manera que se compruebe el resultado del desafío que enfrenta lo observado en un primer plano y en otro más general, o viceversa.

El objetivo final debe de ser, siguiendo a los autores citados, una búsqueda "paciente y modesta de la verdad", situando la prueba documental en el centro del estudio, de modo que el relato se fundamente en hechos comprobados y quede explicado de manera razonable y verosímil. Y hay, por último, otras dos vías, más practicadas en las historiografías alemana y británica, que se conectan, en un caso, con "la historia de lo cotidiano" –el programa de la *Alltaggeschichte*, cuyos representantes son Alfred Lüdtke, Carola Lipp y Hans Medick— y, en otro, apuesta por una "historia desde abajo", de marxistas británicos como E. P. Thompson, E. J. Hosbawm o C. Hill.

Rescatar a unos protagonistas desconocidos para que no queden silenciadas sus voces permite establecer los intersticios entre lo individual y lo social, entre la Historia y la memoria. El pasado nunca termina de pasar, pues vivimos un presente que es proyección y herencia del pasado. Y la perspectiva "micro", permite conjugar mejor ambas perspectivas, la memorial y la historiográfica.

Una vez justificado el armazón teórico, toca definir el objeto de estudio, una localidad representativa a lo largo de dos etapas diferentes. El entorno es el municipio manchego de Almagro. La primera etapa se centra en el Radio comunista y una organización complementaria, el Socorro Rojo Internacional (SRI), improvisados durante la guerra civil. La segunda, la incipiente reorganización de un comité en la posguerra. La finalidad de todo ello es analizar un modelo que sea identificable en un entorno rural medianamente poblado, donde adquirió características propias. El lector podrá encontrar en pocas páginas, o al menos ese es nuestro propósito, una representación diferente a los estereotipos fijados en torno a los dirigentes comunistas de la primera mitad del siglo XX, dando mayor protagonismo a unos camaradas que no llegaron a héroes, pero sí a víctimas.

Sobre el Partido Comunista de España (PCE) contamos ya con un buen repertorio bibliográfico, desde planteamientos metodológicos y enfoques diferentes.[4] Aunque es limitado el conocimiento que, a día de hoy, disponemos de organizaciones comunistas locales (células, radios o comités). Falta por averiguar, por ejemplo, hasta dónde funcionó en éstas la estrategia de "gran camuflaje" o la "memoria roja".[5] Cuando se hacen catas significativas, con estudios de caso, se puede investigar de manera aplicada cómo se produjo el crecimiento acelerado de la militancia en un contexto expansivo y propicio en la retaguardia republicana, o buscar explicaciones sobre su conversión en una organización interclasista, no siempre controlada por los comités provinciales, que resultaba atractiva para sectores temerosos de la revolución –que apreciaban el papel del partido para frenarla y su respeto por la pequeña propiedad— y para afiliados que valoraban su prestigio y virtudes militantes. Del mismo modo, se puede testar la cesura de la posguerra y el influjo de la identidad antifranquista en la cultura militante.

Adentrarse en este terreno supone un reto historiográfico. Las fuentes son escasas, suelen quedar huellas dispersas y seguir su rastro implica un esfuerzo no siempre recompensado. Las escasas investigaciones que nos han llegado suelen primar las facetas personales de sus dirigentes, sus momentos de crisis y expansión, propaganda y relaciones orgánicas, pero poco se cuenta de sus aspectos organizativos. Y prácticamente no se ha estudiado la relación de las

organizaciones entre las etapas de poder, durante la guerra, y de clandestinidad, de posguerra. El caso de Almagro permite hacer ese proceso, con la derrota republicana como punto de inflexión.

Es evidente que la victoria franquista no trajo la paz sino la venganza. La derrota del Eje, sus aliados entre 1936 y 1939, permitió pensar en un fin cercano de la dictadura. Fue el sueño de una noche de verano. Quienes reactivaron la lucha antifascista en el Almagro de 1947 creían estar continuando una batalla que, sin embargo, volvieron a perder. En realidad, no tuvieron ninguna oportunidad de ganarla.

De eso tratan estas páginas. Para entender bien ese proceso y para que la mirada particular permita abrir el foco, se irá entrelazando el contexto general con el marco local, especialmente entre los años 1937 y 1947. Varios de los protagonistas de este relato fueron también víctimas por partida doble, de la posguerra española y de la mundial, que se entrelazaron, y alumbraron una Guerra Fría que también influyó en España.

Los estudios territorializados sobre el PCE,[6] que han primado a Cantabria, Galicia, Aragón, Canarias, Extremadura, parte de Andalucía y ambas Castillas, suelen limitar su análisis a un periodo temporal corto, sin conexión entre la guerra y la posguerra. El caso de **Almagro** permite establecer esta ligazón cronológica y analizar sus continuidades y diferencias en contextos muy diferentes. La reciente aparición de una investigación sistemática sobre la represión franquista en la provincia de Ciudad Real,[7] que casi ha coincidido en el tiempo con otro estudio que seguía las huellas vitales de un maestro republicano,[8] y la de un ensayo sobre la violencia revolucionaria,[9] han abierto nuevas puertas para aproximarnos a una realidad que debe nutrirse de la memoria oral y de las fuentes archivísticas de ámbito municipal,[10] judicial[11] y del propio partido.[12] Convertir la memoria en conocimiento implica atender a los testimonios familiares y seguir sus huellas en la documentación primaria y la bibliografía especializada. No sólo nos interesa el nacimiento, crecimiento y desarticulación de una organización comunista local, o su renacimiento fugaz y el papel jugado por la guerrilla, sino también cómo vivieron esos años los protagonistas o sus allegados y sus secuelas.

El libro se divide en cuatro partes, donde se conjugan Historia y memoria, lo general con lo particular. La primera gira en torno a testimonios familiares de vidas truncadas, relatos de memoria y duelo, que se encabezan por los titulares proporcionados por las entrevistadas. En las dos partes siguientes, el relato antropológico cede protagonismo al historiográfico. Sus capítulos se han ido encabezando e hilando con la letra de La Internacional, con 1939 como vierteaguas que separa la guerra civil y la posguerra. La última parte es más instrumental y conclusiva.

No se puede terminar la introducción sin los preceptivos agradecimientos. En primer lugar, a quienes nos han puesto en contacto con los parientes de los protagonistas, Esperanza Carrión Malagón, Luis Julián Gonzalo Pérez y Pilar Sánchez-Hermosilla Peña, cuyas respectivas madres (Dolores Malagón García-Moreno y Josefina Pérez Pozo) o primas (Reyes y Pili Peña Núñez) han sido una rica fuente de información para estas páginas. En otro plano, nuestro reconocimiento es para los miembros de un equipo de investigación interdisciplinar de la UNED, coordinado

por Julián López, presidente del Centro Internacional de Estudios de Memoria y Derechos Humanos (CIEMDH); y, a José Barrios y Jorge Moreno, por facilitarnos materiales y ponernos en la pista de uno de sus protagonistas. Todos ellos han allanado un camino sin el que no hubiera visto la luz este libro. También es especial la deuda contraída con colegas como Benito Díaz y Francisco Alía, por sus orientaciones acerca de la guerra civil y la guerrilla en La Mancha. Y, por supuesto, con Ángel Viñas, por su prólogo y sus observaciones de mejora del texto tras leer el borrador. Por último, con Ramiro Domínguez, el editor que ha convertido en realidad este proyecto.

Notas

[1] CASTELLS, L., ed. (1995): "*La historia de la vida cotidiana*". En *Ayer*, núm. 19, Madrid, pp. 49-100. En especial, pp. 81-87

[2] MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús (2007): "Historia socio-cultural. El tiempo de la historia de la cultura", en *Jerónimo Zurita*, n. 82, pp. 237-252.

[3] SERNA, Justo, PONS, Anaclet (2019): *Microhistoria. Las narraciones de Carlo Ginzburg*, Granada, Comares.

[4] Por destacar algunas referencias básicas, hay estudios de larga duración que han sido referentes durante algún tiempo, pero sin el suficiente aparato crítico, como G. MORÁN, (2017): *Miseria, grandeza y agonía del PCE* (1939-1985), Madrid, Akal; o J. ESTRUCH, (2000): *Historia oculta del PCE*, Madrid, Temas de Hoy. En cuanto a las monografías sobre períodos históricos concretos, hay para la II República, la guerra civil y el primer franquismo. Respectivamente, CRUZ, Rafael (1987): *El Partido Comunista en la Segunda República*, Madrid, Alianza; HERNÁNDEZ SÁNCHEZ, Fernando (2010): *Guerra o revolución. El Partido Comunista en la guerra civil*, Barcelona, Crítica; HERNÁNDEZ SÁNCHEZ, Fernando (2015): *Los años de plomo. La reconstrucción del PCE bajo el primer franquismo (1939-1953)*, Crítica. Balances, en David GINARD (2007): "La investigación histórica sobre el PCE, Desde sus inicios a la normalización historiográfica", en M Bueno, C García, y J Hinojosa (coords.) *Historia del PCE. I Congreso, 1920-1977*, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, vol. I, pp. 19-47.

[5] RUEDA LAFFOND, José Carlos (2018): *Memoria roja: una historia cultural de la memoria comunista en España, 1931-1977, Valencia, Edicions Alfons el Magnanim*

[6] BUENO, Manuel, GARCÍA, Carmen, Hinojosa, José, coords (2007): *Historia del PCE. I Congreso, 1920-1977*, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas.

[7] LÓPEZ GARCÍA, Julián et al., eds. (2018): *Para hacerte saber mil cosas nuevas. Ciudad Real 1939*, Madrid, UNED.

[8] López Villaverde, Ángel Luis (2018): *El ventanuco. Tras las huellas de un maestro republicano*, Ciudad Real, Almud.

[9] DEL REY REGUILLO, Fernando (2019): *Retaguardia roja. Violencia y revolución en la guerra civil española*, Galaxia Gutenberg.

[10] Las actas municipales y los libros de salida y entrada de correspondencia de la alcaldía del Archivo Municipal de Almagro (AMA) aportan documentación valiosa.

[11] Tanto de la sección de Justicia del Archivo Histórico Provincial de Ciudad Real (AHPCR), como de la proveniente de los Consejos de Guerra del Tribunal Territorial primero, conservada en el Archivo General e Histórico de Defensa (AGHD), situado junto al cuartel del Ejército del Aire, en Madrid.

[12] Más complicado resulta encontrar documentación sobre comités o radios locales en el Archivo del PCE, cuyos fondos se encuentran en la Biblioteca Histórica Marqués de Valdecilla, dependiente de la U. Complutense), tarea compleja dada la ordenación de sus fondos.

Los autores en Conversación sobre la Historia

Víctor INIESTA SEPÚLVEDA y Julia MARTÍNEZ CANO

Frailes, aprendices y estudiantes. Historia de los usos sociales de un espacio en Ciudad Real

Colec. Almud nº 14; Centro de Estudios de CLM-UCLM; Cuenca, 2021; 240 pags.

Como comentábamos en una entrega anterior de esta serie, hay que felicitarse de que el Centro de Estudios de CLM (de nuestra Universidad regional) haya retomado su actividad editora, interrumpida durante demasiados años (su último libro en esta misma colección databa de 2012).

Este libro que ahora comentamos recoge la vida de las instituciones religiosas y civiles que, de manera sucesiva, ocuparon una amplia manzana en la plaza de San Francisco de la capital. Este lugar con diferentes funciones —convento de Franciscos Observantes, hospicio, casa cuna, escuela, residencia universitaria— ha sido testigo de los cambios históricos, sociales y culturales a escala local y nacional.

El libro ha sido coordinado por los jóvenes profesores Víctor Iniesta Sepúlveda y Julia Martínez Cano y estos abordan en su aportación la aparición de colegios menores (y se detienen en el caso muy significativo de El Doncel, de los primeros años 60), mayores y de residencias universitarias en la capital de la provincia, al calor del incremento de la oferta educativa y sobre todo universitaria a partir de mediados de la década de los 80 del siglo anterior.

Remontándose más atrás la medievalista afincada en Toledo Mª José Lop Otín afronta la fundación de un primer convento de la orden de los franciscanos observantes en la ciudad, en torno a 1265, y que durante un siglo fue la única casa religiosa existente aquí. Al no ser la ciudad en esas fechas todavía sede catedralicia este convento franciscano, según la autora “concitaría buena arte de la actividad

cultural de la urbe y la tierra circundante".

En un tercer capítulo el especialista del CSIC Wifredo Rincón analiza la biografía y las representaciones en el arte del fraile agustino Tomás de Villanueva (posteriormente canonizado, en 1658), que dio durante mucho tiempo su nombre a este espacio.

Álvaro Ribagorda, de la Universidad Carlos III de Getafe-Madrid profundiza en el modelo que la Residencia de Estudiantes, promovida por la Institución Libre de Enseñanza, supuso para este tipo de centros socioeducativos.

Uno de los artículos más largos del libro es que el profesor Isidro Sánchez dedica al tema: "Caridad, Beneficencia y Educación. Un espacio de Ciudad Real desde el fin del convento de franciscanos hasta la Residencia Universitaria actual". El texto de Sánchez hace un repaso detallado por los diversos usos del Centro desde la supresión del convento, en 1820, hasta la inauguración en el mismo espacio de la Residencia Universitaria, en 1992. Repasando todos los avatares de esta historia, que es a la vez historia política, social y educativa de la ciudad y la provincia durante estos dos siglos. Tras la supresión del convento, el edificio fue cuartel de Artillería; acogió la Escuela Normal de Maestros y Prácticas; fue luego hospital militar; a partir de 1859 se reconvirtió en Hospicio, uso que mantuvo durante bastantes décadas, unido a los de Maternidad y Casa-Cuna, hasta que en los años 60 del siglo pasado se convierte en Escuela-Hogar.

Se abre el libro con una introducción a cargo de Rafael Villena Espinosa y Esther Almarcha, directora esta del mencionado Centro de Estudios de CLM.

El libro nos demuestra cómo el análisis de un espacio urbano a lo largo de más de siete siglos, nos ofrece abundantes claves para entender e interpretar una historia social, educativa y cultural que hasta ahora nos resultaba muy desconocida.

Alfonso González-Calero

Amelia Tiganus y otros:

Amelia (comic)

Edc. Serendipia Ciudad Real, 2021

La historia de Amelia Tiganus como víctima de la prostitución es la de “muchas otras mujeres, pero ni de lejos es de las más dramáticas, horrendas y crueles”, ya que cada vez los puteros exigen “prácticas más denigrantes, violentas y humillantes”.

Protagonista y coguionista del cómic ‘Amelia. Historia de una lucha’, publicado por Serendipia y presentado este miércoles en el Museo del Quijote, Tiganus subrayó que “hacen falta políticas públicas de protección y reparación a las mujeres víctimas de la prostitución” y que “se multe a los puteros”.

Se ponen multas si no llevas mascarilla por motivos de salud pública y hace unos años se prohibió fumar dentro de los bares y si no se recibía una sanción, puso como ejemplos Tiganus, que resaltó que el daño que sufren las víctimas de la prostitución no se corresponde con “conceptos en abstracto como trata, explotación o trabajo sexual”, sino que “quienes nos enferman son los puteros y sus prácticas”, con lo que “qué menos que sean multados”.

Natural de Rumanía y residente en el País Vasco, aseguró que cuando le propusieron esta iniciativa en la que se narra su historia como víctima de la explotación sexual no se lo tomó muy en serio, no se veía como protagonista de un cómic, pero terminó convenciéndola el objetivo de que sirva como herramienta para sensibilizar a jóvenes, adolescentes y preadolescentes como “material para trabajar” con ellos.

Se trata de “cultura” y de “llegar de otra manera” como un instrumento más, al que deben poner más recursos las instituciones, para desincentivar la demanda, al tiempo que con ello se trata de “humanizar a las mujeres porque es tal la deshumanización” que sufren las víctimas de esta explotación que “no empatizamos cuando, por ejemplo, asesinan a una prostituta”, ya que “no es considerada una mujer, hasta ahí llega la deshumanización y despersonalización”.

Tiganus, que elogió a la alcaldesa de Ciudad Real, Pilar Zamora, por declararse feminista y abolicionista de la prostitución y subrayó que “se necesitan más hombres y mujeres en la política que se posicionen del lado de una lucha justa y noble que tiene que ver con el buen trato, justicia y qué tipo de sociedad queremos dejar”, subrayó que esta lucha afecta a las mujeres, pero también a los hombres más jóvenes expuestos a la pornografía, “una industria criminal que tiene gran interés en fabricar putas a través del empobrecimiento y la violencia sexual”, pero también de “fabricar puteros” para que haya demanda y de esa manera “seguir llenándose los bolsillos” convirtiendo “a los chicos jóvenes en agresores sexuales”.

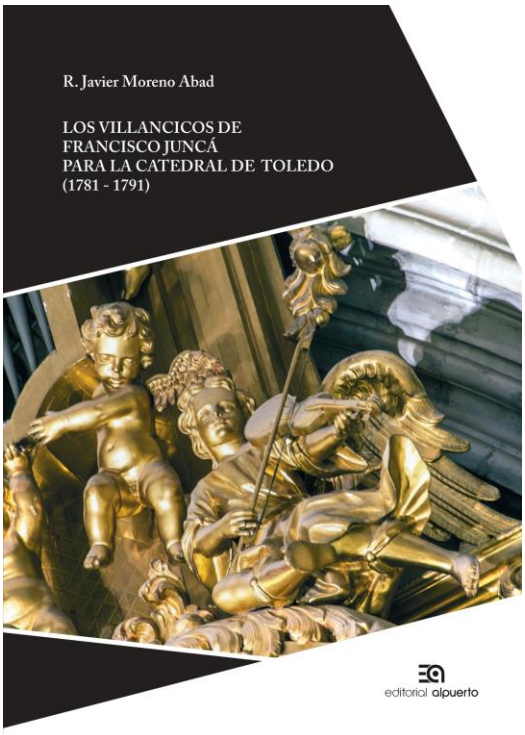
En la elaboración de este cómic, “hemos sido un equipo, las piezas han encajado de maravilla”, afirmó Tiganus, que aseguró haberse sentido “muy arropada” sabiendo que “todo el equipo era consciente de lo que suponía esto para mí”. La dura experiencia de su paso por la prostitución, desde los 18 a los 23 años, le había producido una “desconexión emocional” de la que está tratando de recuperarse con terapias. “Me estoy conectando a la vida y es muy jodido volver a empezar a sentir. Has normalizado la violencia, dejado de sentir y, de repente, me siento abrumada

por las emociones, sensaciones y el descubrimiento de olores y sabores que no recordaba que existían. En ese proceso estoy", comentó Tiganus, que indicó que, "igual de niña lloraba", pero no se acordaba de hacerlo, y ahora a veces se pasa dos o tres días llorando, algo que antes no podía hacer porque se sentía en ese sentido como "capada" emocionalmente.

La protagonista de 'Amelia. Historia de una lucha' felicitó a Roberto García por unas ilustraciones en las que se vio reconocida y le produjeron un "fuerte impacto", en especial dos: "la de la primera noche en el prostíbulo cuando se acaba la fiesta de los puteros que se encuentran en un oasis haciendo lo que no pueden hacer en otro lugar porque les denunciarían por acoso sexual" y ver la realidad de mujeres de 18 años que no sólo sufren agresiones sino que se les priva por pobreza de vivir de otra manera su juventud; y la correspondiente con la concesión de su primera entrevista ante la que tenía pánico, el cual afrontó poniéndose su "vestido más folclórico y tacones" y saliendo como "una triunfadora" cuando en realidad fue una manera de esconder el miedo y poder enfrentar la mirada tirando para adelante ante su decisión de no querer seguir callando, aunque, subrayó, hay que comprender que el dolor es tan grande que "hay mujeres que no pueden hablar y no recuerdan y no quieren recordar nada tampoco".

Así mismo, destacó la tranquilidad de haberse estado acompañada por Alicia Palmer en la creación del guión ya que "sabía que lo que pasara por su mano y mirada iba a acariciarme el alma" y resaltó que los beneficios de derechos como autoras del cómic irán destinados a la asociación Emargi -'Mujer de luz' en euskera- que ha creado encaminada no tanto a un trabajo asistencialista de las mujeres en prostitución supervivientes sino "de empoderamiento para convertir a las mujeres en sujetos políticos no sólo en supervivientes".

Arsenio Ruiz LANZA; Ciudad Real, 20 de mayo, 2021



R. Javier Moreno Abad

Los villancicos de Francisco Juncá para la catedral de Toledo (1781-1791)

Ed. Alpuerto, Madrid, 2021

El villancico es una de las más peculiares expresiones musicales y

literarias del mundo hispánico, presente durante varios siglos en la vida musical de infinidad de templos y catedrales y de manera muy especial en la catedral de Toledo. A partir de este marco general, el presente trabajo nos sitúa en la época final del género, ofreciendo un estudio y edición completa de la inédita colección de villancicos, músicas y textos, creada por el maestro de capilla Francisco Juncá a finales del siglo XVIII durante su magisterio al frente de la capilla de música del templo primado. Con este trabajo del profesor R. Javier Moreno Abad, se suma la catedral de Toledo a la colección Investigación y Patrimonio Musical, auspiciada por el Centro de Investigación y Documentación Musical (CIDoM) de la Universidad de Castilla-La Mancha, Unidad Asociada al CSIC. En Los villancicos de Francisco Juncá para la catedral de Toledo (1781-1791) se abordan conjuntamente tanto en el estudio previo como en la edición, la parte literaria y musical de los 88 villancicos que integran la colección, 44 de los cuales conservan en su totalidad música y letra. Todas las obras objeto de estudio y edición son rigurosamente inéditas y el trabajo las incluye en su totalidad: los poemas en papel y todas las partituras en formato digital, perfectamente dispuestas para poder ser interpretadas, grabadas y dadas a conocer en el futuro por orquestas y solistas. La vocación final del trabajo, además del conocimiento y divulgación del patrimonio musical, no es otra que posibilitar que estas piezas puedan llegar a ser escuchadas y disfrutadas de nuevo por el público actual.

R. Javier Moreno Abad es *profesor del Departamento de Didáctica de la Educación Física, Artística y Música*. Facultad de Educación de la UCLM-Toledo

Agapito Maestre

La razón alegre. El cine de Gonzalo García Pelayo

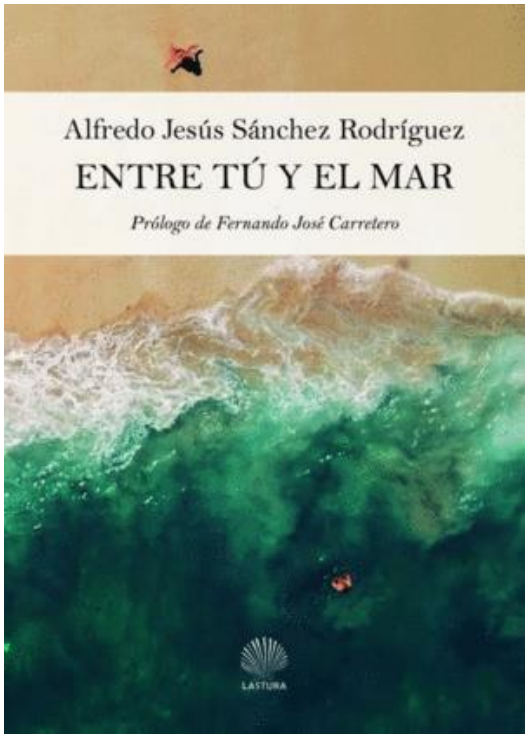
Unión editorial; Madrid, 2021

Se ha dicho de Gonzalo García Pelayo que es el eslabón perdido entre Luis Buñuel y Pedro Almodóvar. Falso. Esa apreciación bienintencionada está superada por la casi inexistencia de ideología, de falsas interpretaciones de

la realidad, en su obra cinematográfica. Nada existe en sus películas, como en el resto de su vida, que no esté justificado.

Tome el lector este libro de Agapito Maestre (Puertollano, 1954)como le venga en gana. Ojalá sea un feliz pretexto para volver al cine, pero nunca lo considere un resumen, menos aún un compendio filosófico, sobre el cine de García Pelayo

Web de Marcial Pons



Alfredo Jesús Sánchez Rodríguez

Entre tú y el mar

Prólogo de Fdo, J. Carretero

Ed. Lastura, Madrid, 2021

Cuando el alcalde se retiró los correligionarios le prepararon un homenaje: banquete, placa, discursos, todo eso. El discurso, obligado, del secretario general del partido fue muy elogioso; tanto que produjo sarpullidos en los más susceptibles, o sea, en quienes se ofenden por las alabanzas al prójimo: a otro día un preboste de la facción disidente —siempre hay facción disidente— respiró por la herida: «Anoche te pasaste». El secretario general, armado de la lógica cazurra e implacable de los pueblos, le contestó: «Hombre, que era un homenaje: no le iba a llamar hijueputa». Con los prólogos pasa lo mismo: ningún prologuista llama hijueputa al prologado.

Salvo los prólogos hermenéuticos, que se afanan meticulosamente en la autopsia de un libro o se lo dan triturado a lectores que no pueden mascarlo —prólogos imprescindibles, pues, o al menos convenientes, escritos por especialistas encaramados al púlpito de la debida distancia científica—, o los prólogos donde el propio autor ofrece explicaciones pertinentes para la cabal comprensión del libro —y, en consecuencia, son parte del libro—, el resto de los prólogos suele quedar en trámite insoslayable y fastidioso como el discurso del secretario general: encomiásticos, hasta desmesuradamente encomiásticos, pero —luego, amigo lector, te enseño unos cuantos de por aquí cerca— protocolarios, desganados y a menudo escritos de mero compromiso y al tuntún. El lector, que está en el secreto, se los salta sin remordimiento o pasa por ellos a escape, preguntándose por qué determinados autores los piden y los aceptan complacidos. Quizá Cervantes diera con la explicación.

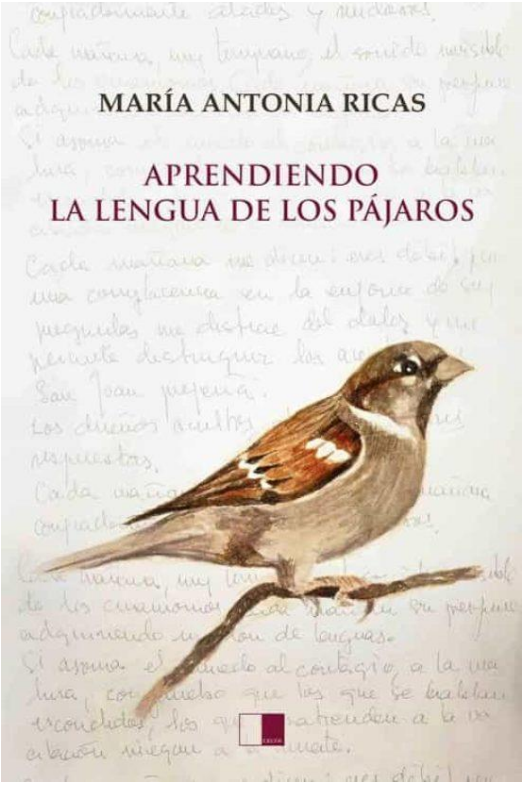
Gracias a Dios, hay excepciones. De vez en cuando el autor, que busca compañía, ánimo, protección, aval o acaso la seguridad de no estar cometiendo una imprudencia, encuentra todo eso; y el lector, una guía sabia y amable para moverse por el libro: miel sobre hojuelas. Obviamente, tal conjunción se presenta solo si el prologuista —pendiente del libro, no del autobombo— es lector perspicaz, atento y generoso y si el libro lo merece.

Ocurre con *Entre tú y el mar*, el poemario de **Alfredo Jesús Sánchez Rodríguez** que prologa Fernando José Carretero. El prólogo de Carretero es breve, contenido en los elogios, preciso e iluminador. Cumple la función de abrir de par en par la puerta al texto igual que le descubrimos a un amigo algo que nos gusta y que sabemos que le va a gustar: sin gestos excesivos, afectuosa, sencilla y llanamente. De modo que el lector, que por firmarlo quien lo firma sí ha leído el prólogo, entra al libro con el interés que merece y se mueve por él confirmando las apreciaciones del prologuista.

Entre ellas, y por quedarme en la forma —que, no hace falta repetirlo, en poesía es el fondo—, el versículo breve y ágil —«sin ser volandero»—, entreverado de endecasílabos «de impecable factura»; las metáforas «de un surrealismo matizado»; los símbolos «cargados de significación»; la sintaxis «límpida”; el léxico «diáfano», que no rehúye las «voces inusuales»… Juntos los mimbres por mano del autor, constituyen un «todo fluido», «alejado de la «quejosa sensiblería pueril» y de «esa descolorida musa cogitabunda que transita con tediosa insistencia lugares ya vistos». Con esto está —y muy bien— dicho todo; como yo no podría mejorarlo, no lo intento.

Entonces, se preguntará alguien, ¿para qué el sermón? Para dejar constancia, por si a alguien le sirve, de algunas cosas. Que me ha parecido más sólida la primera parte —«Entre tú»—, que sí se ajusta a lo dicho por Carretero punto por punto, que la segunda —«Entre el mar»—, más convencional, mucho más apagada verbalmente y más forzada, como si algunos poemas, acaso descartados en otro momento o sitio, se hubieran recogido aquí por caridad. Que, frente a ciertas grandilocuencias vacías que hemos leído últimamente, el libro es de una modestia franciscana; es decir, grande en sus pequeñas virtudes: la compostura, la sobriedad, el recato, el respeto a la lengua… Que la edición de Lastura —nos tiene acostumbrados, afortunadamente— es impecable, cosa de agradecer en tiempos malhadados donde triunfa el desaliño. Que con Entre tú y el mar Sánchez, del que habíamos leído algún libro y al que hemos oído muchas veces, se ha hecho definitivamente un hueco entre los poetas de la tierra; no es poco, creo. Y que, a diferencia de otros libros de los que he hablado, este se encuentra fácilmente en cualquier librería.

Pedro Torres Torres en su página de FB Beatus qui legit viernes, 14 de mayo de 2021



María Antonia Ricas

Aprendiendo el lenguaje de los pájaros

Ed. Celya, Toledo, 2021

María Antonia Ricas (Toledo, 1957) es una poeta prolífica a la que le gusta asociar sus versos con otras artes. En la última década ha ofrecido poemarios que dialogan con El Greco (2013), con Hopper (2016), con piedras preciosas (2018) y con el arte romano antiguo desde las pinturas de José Antonio Gª Villarrubia (2019). Todos estos libros han ido apareciendo en la editorial Celya en maquetaciones tan cuidadas como los propios textos. Ahora les sigue este *Aprendiendo la lengua de los pájaros*, dividido en tres partes que se inspiran en pájaros primordiales, en textos antiguos y en las aves tratadas por la pintura o la música.

Como cuando Borges hablaba del infierno o de los seres imaginarios desde citas que no sabemos si son reales o inventadas, pero que nos desbordan de sugerencias, Ricas parte de textos enigmáticos que exhalan un ligero aroma oriental. Muchos son bellos en sí mismos. Así describe a Rhiannon: «Diosa celta equivalente a la Artemisa griega. Se aproxima ondulada como una bandada de pájaros, seduce y luego se marcha como un viento leve». La poeta usa estas citas como punto de partida para expandir la realidad que esbozan, con lo que que aventa la imaginación y su abanico de posibilidades.

Cuando recrea el Chakon Paciente, dice: «la noche alcanza el clima de un exceso de amor (...) Se parece al agua plateada que se deja tocar por el satélite y salen de ella tímidas criaturas sin nombre».

En medio de la leyenda, asoma a veces el entorno de María Antonia Ricas: las campanas de Toledo, los árboles que rodean su terraza y también el dichoso confinamiento durante el que ha ido cuajando el libro: «Esta mañana he visto al jilguero cantando, un cuerpecito diminuto en la rama, y he sentido la lentitud del estrato fino de la niebla, las últimas luces de la ciudad y el gemido de los hospitales. Y todo era porque esperábamos la lengua fucsia de un milagro repentino».

Arturo Tendero